lopines, que no experimentábamos la repugnancia de las gentes elegantes, íbamos á mirar al fondo de los carros donde esos infelices duermen en el invierno Y me acuerdo que un día, sintiendo oprimido mi corazón por una grave pena de escolar, me figuré que montaba en uno de esos carros que partían, y acompañando á las altas y hermosas jóvenes, cuyos ojos negros me daban miedo, me iba muy lejos, al fin del mundo, rodando siempre por los caminos.

X.

Un jóven químico, amigo mío, me dijo una mañana:

—Conozco a un viejo sabio que se ha retirado á una casita del boulevard del Infierno para estudiar en paz la cristalización de los diamantes. ¿Quieres venir á verlo?

Acepté con secreto terror. Un hechicero me habría asustado menos, porque el diablo no me inspira mucho miedo; pero temo al dinero, y confieso que el hombre que encontrarse la piedra filosofal me infundiría respetuoso espanto.

Por el camino, mi amigo me dió algunos detalles acerca de la fabricación de las piedraspreciosas. Nu-

estros químicos se ocupan en ella hace largo tiempo; pero los cristales que han obtenido son tan pequeños y su coste se eleva tanto, que la experiencia ha sido considerada como mera curiosidad científica. La cuestión consiste, pues, en hallar agentes más poderosos, procedimientos más económicos.

Al fin llegamos. Mi amigo, antes de llamar me previno que al viejo sabio no le gustabalas visitas. y que probablemente nos recibiría muy mal, Era yo el primer profano que penetraba en el santuario.

El químico nos abrió. Debo confesar que al principio, su aire, un si es no es estúpido,-como de zapatero escuálido y embrutecido no me produjo buena impresión. Acogió á mi amigo afectuosamente, resignándose á recibirme con un sordo gruñido, como si se tratara de un perro que perteneciera á su joven, discípulo. Atravesamos un jardin completamente inculto. En el fondo estaba la casa, compuesta de cuatro paredones ruinosos. El sabio había derribado todos los tabiques, para formar una sola habitación, vasta alta. Había allí un material completo de laboratorio; aparatos extraños, cuyo uso ni siquiera traté de explicarme. Como único lujo, como únicos muebles, un banco y una mesa de madera negra.

Allí he experimentado uno de los mayoresdeslumbramientos de mi vida. A lo largo de las paredes, en el suelo, habia colocados fondos de cestos viejos, cuyos mimbres reventaban; estaban llenos hasta los

bordes de piedras preciosas. Cada cesto contenía una clase distinta de piedras. Los rubíes, las amatistas, las esmeraldas, los záfiros, las turquesas, los ópalos, amontonados en los rincones, como carretadas de guijarros á la orilla de los caminos, brillaban con fulgores vivísimos, iluminando la sala con el centelleo de sus llamas. Eran braseros, carbones encendidos, verdes, rojos, violáceos, azules, de color rosa. Se hubiera creído que había allí millones de ojos de hadas, que se reían en la sombra, á flor de tierra. En ningún cuento árabe se da idea de tan soberbio tesoro; ninguna mujer ha soñado con semejante paraíso.

No pude contener un grito de admiración.

—¡Qué riqueza! (exclamé.) ¡Hay aquí un Potosí!

El viejo sabio se encogió de hombros, mirándome con profunda compasión.

—Cada uno de estos montones cuesta algunos francos (me dijo con voz lenta y sorda). Mañana los sembraré á manera de grava las alamedas de mi jardín.

Después, volviéndose á mi amigo, continuó, cogiendo las piedras á puñados:

—Vea V. estos rubíes. Son los más hermosos que he obtenido.... No estoy satisfecho de estas esmeraldas; son demasiado puras; las naturales tienen todas alguna mancha; no quiero que las mías sean mejores.... Lo que más me desespera es que no he dado aún con los diamantes blancos. He vuelto ayer á mis experimentos; cuando el éxito corone mis esfuerzos, habré concluido mi obra; moriré feliz.

El sabio se había crecido á mis ojos; ya no le encontraré estúpido. Comencé á temblar ante aquel viejecillo pálido, que podía arrojar sobre París una lluia milagrosa.

—¿Pero no tiene V. miedo á los ladrones? (le pregunté.) Veo en la puerta y ventanas sólidos barrotes de hierro; es sin duda una precaución.

—Sí, tengo miedo á veces (murmuró): miedo de que los imbéciles me maten antes de que haya encontrado el diamante blanco ... Esos guijarros que mañana carecerán de valor, podrían tentar hoy á mis herederos. Son estos los que me causan espanto; saben que haciéndome desaparecer, sepultarían conmigo los secretos de mi fabricación, y conservarían así todo su valor á este pretendido tesoro.

Se quedó pensativo y triste. Nos habíamos sentado sobre los montones de diamantes, y le veía con la mano izquierda escondida en el cesto de rubíes, y la derecha dejando caer maquinalmente puñados de esmeraldas. Los niños hacen correr de igual modo la arena entre sus dedos.

Al cabo de un instante de silencio:

—¡Debe V. llevar una vida intolerable! (exclamé). Vive V. aquí odiado por los hombres. ¿No tiene usted ninguna distracción?

Me miró con aire de sorpresa.

—Trabajo (me contestó sencillamente); nunca me enojo. Cuando estoy de buen humor, me echo alguno de esos guijarros en el bolsillo, y me instalo en un extremo del jardín, detrás de una torrecilla que dá al boulevard Allí, de vez en cuando, tiro un diamante al medio del paseo....

Se reía, recordando esta excelente broma.

No puede V. imaginarse los gestos de las personas que encuentran mis guijarros. Se extremecen, miran hacia atrás; después huyen pálidos como muertos. ¡Ah, las pobres gentes; qué buenos ratos me hacen pasar! Me divierto mucho.

Su voz cascada me causaba un malestar inexplicable. Evidentemente, se burlaba de mí.

—¡Hein, joven! (prosiguió); tengo con que comprar muchas mujeres; pero soy un viejo enclenque.... Ud. comprende que si la ambición me poseyera, ha tiempo que sería rey de alguna parte.... ¡Bah! No seré causa de que muera ni una mosca. Soy bueno, y dejo vivir á los hombres.

No podía decir más políticamente que, si tal fuese su capricho, me enviaría al cadalso.

Oleadas de sangre se me subían á la cabeza; en mis oidos sonaban todas las campanas del vértigo. Los ojos de hada de la pedrería me deslumbraban con sus miradas agudas, rojas, violáceas, verdes, azules, rosas. Había cerrado las manos sin saberlo; tenía en la izquierda un puñado de rubíes y en la derecha un puñado de esmeraldas Y, para no ocultar nada, experimentaba el deseo irresistible de deslizar mi carga en los bolsillos.

Tiré aquellos guijarros malditos, y huí, oyendo el galope de los caballos de los gendarmes sobre mi cráneo.

XI.

Había ido á Versalles, y subía el vasto patio de los Mariscales; soledad de piedra, que me ha recordado con frecuencia la landa desierta de la Crau, cuyo mar de guijarros verdea al sol.

Había visto el castillo el invierno anterior, en días de nieve, con su tejado plomizo, majestuoso y triste, como el palacio real del frío. En el verano está todavía más triste, más melancólico, más abandonado, entre las brisas templadas y el follaje vigoroso de los árboles del parque. A cada nueva estación, los viejos troncos se cubren con un manto de jóvenes hojas. El castillo agoniza, la savia de la vida no circula ya por sus piedras que se desmoronan; la ruina

avanza implacable, royendo los ángulos, destruyendo los escudos, adelantando sin fatigarse en su obra de destrucción.

Las casas, tugurios ó palacios, tienen sus enfermedades, de que languidecen y mueren. Son grandes cuerpos vivientes, seres con infancia y vejez; unas robustas hasta la muerte; otras enclenques y vacilantes antes de tiempo. Me acuerdo de casas entrevistas desde las portezuelas de un vagón, á la orilla del camino; construcciones nuevas, discretos pabellones, castillos desiertos, torreones derruidos. Y todos estos organismos de piedra me hablaban; me contaban la salud con que vivían, el mal de que agonizaban. Cuando el hombre cierra puertas y ventanas y parte, la sangre de la casa se va con él. El edificio se arrastra algunos años al sol, con la faz amarillenta delos moribundos; después, en una noche de invierno, sopla una ráfaga de viento y se lo lleva.

De este abandono muere el castillo de Versalles. Fué construido demasiado grande para la vida que el hombre puede infundirle. Se necesitaría todo un pueblo de habitantes para que se animaran aquellos corredores sin fin, aquellas filas de habitaciones inmensas. Patentiza el error colosal del orgullo de un rey que, al construirle, lo condenó á la ruina al darle tan extraordinarias proporciones. La gloria de Luis XIV no llena siquiera la cámara donde dormía,

frío aposento en que su real ceniza sólo representa un puñado de polvo más.

Subía, repito, el patio de los Mariscales, y vi, á la derecha, en un ángulo oculto de esta banda, á la buena vieja, á la Sarcleuse legendaria que, desde hace cincuenta años, arranca la hierba del pavimento. Desde por la mañana hasta por la noche está allí, en aquel campo de piedras, luchando contra la invasión, contra la ola creciente de las amapolas y de los alelíes silvestres. Avanza, encorvada, mirando todas las hendeduras, espiando los verdes tallos, el ligero musgo. Necesita mas de un mes para ir de una punta á otra de su desierto. Y detrás de ella, la hierba vuelve á brotar tan espesa, tan implacable, que, cuando comienza de nuevo su eterna tarea, encuentra otra vez las mismas plantas, los mismos rincones del cementerio invadidos por las flores crasas.

La Sarcleuse conoce la flora de estas ruinas. Sabe que las amapolas prefieren el lado Sur, que el diente de león crece al Norte, que á los alelíes les gustan las hendeduras de los pedestales. El musgo es una lepra que se extiende por todos lados. Hay plantas persistentes, cuya raíz arranca, y que renacen sin cesar. Tal vez ha caido en aquel sitio una gota

de sangre; acaso está allí enterrada el alma de un malvado, que impulsa de continuo al exterior las púas rojizas de los cardos. En este cementerio de la monarquía, los muertos tienen una extraña eflorescencia.

Mas hay que oir á la Sarcleuse contar la historia de estas hierbas. No han brotado en todas las épocas con el mismo vigor. Bajo Carlos X, su invasión fué tímida; formaban comoun césped ligero, blando tapiz de verdura, que se hundía suavemente bajo el pie de las damas. La corte venía aún al palacio; los talones de los cortesanos hacían en una mañana el trabajo en que la Sarcleuse emplea más de un mes. Bajo Luis Felipe, las plantas avanzaron; el castillo, poblado de los fantasmas pacíficos del Museo Histórico, empezaba á no ser ya sino el palacio de las sombras. En fin: en tiempos del segundo Imperio, la invasión triunfó; creció la hierba impudentemente, tomó posesión de su presa, y amenazó durante un momento ganar las galerías, cubrir con verde manto los departamentos, grandes y pequeños.

He soñado que veía á la Sarcleuse con su vieja saya de indiana, encorvada, andando lentamente, lleno el delantal de hierbas. Es la última defensa que

impide á las ortigas subir y ocultar la tumba de la monarquía. Cuida, como mujer santa, este desierto, donde crecen las hierbas de las sepulturas.

Me he imaginado que era la sombra de alguna marquesa, que volvía de uno de los bosquecillos del parque, y profesaba la religiónde aquellas ruinas. Lucha sin cesar con sus pobres dedos rígidos con elmusgo implacable.Se obstina en su vana tarea, comprendiendo que si se detuviese un instante, la ola de verdura se desbordaría y la anegaría á ella misma. A veces, cuando se yergue, dirige una intensa mirada al campo de piedras, vigila los rincones distantes donde la vegetación es más espesa, y permanece así un momento, con la frente pálida, penetrada tal vez de lainutilidad de sus buenos deseos, feliz con la alegría amarga de ser el último consuelo de tanta desolación.

Pero llegará un día en que los dedos de la Sarcleuse se pondrán aún más rígidos. Entonces el castillo rodará á una última ráfaga de viento. El campo de piedras quedará á merced de las ortigas, de los cardos, de la maleza. Se convertirá en un zarzal inmenso, cubierto de plantas torcidas y amargas. Y la Sarcleuse se perderá en la espesura, separando matas de hierba más altas que ella, abriéndose paso por entre tallos de grama, grandes como jóvenes abedules, luchando aún hasta que las ramas la cerquen por todas partes, se enlacen á su talle, á sus

brazos, á su garganta, y la arrojenmuerta á ese mar, que la arrastrará en la ola siempre creciente de su verdura.

XII.

¡La guerra, la infame guerra, la guerra maldita! Nosotros no la conocíamos, nosotros, que no teníamos aun veinte años en 1859 Estábamos entonces en el colegio, y ese nombre terrible no despertaba en nosotros más que el alegre recuerdo de días de vacaciones.

Y sólo veíamos en nuestra memoria las noches templadas en que el pueblo se reía en calles y plazas: por la mañana, la noticia de una victoria había pasado sobre París como un soplo de fiesta, y al comenzar el crepúsculo las tiendas se iluminaban, los granujas tiraban petardos. A la puerta de los cafés había señores bebiendo cerveza y hablando de política, mientras allá abajo, en algún rincón perdido de Italia ó de Rusia, los muertos, tendidos de espaldas, miraban con sus grandes ojos abiertos, vidriosos y sin luz, cómo nacían las estrellas.

En 1859, cuando se supo la victoria de Magenta, recuerdo que, al salir del colegio, iba por la plaza de la Sorbona, para ver, para pasearme, para participar de aquella fiebre que invadía las calles. Tropecé con un grupo de galopines que gritaban: «¡Victoria, victoria!» Me recreaba ya ante la expectativa de un día de fiesta. Y entre aquellas risas, entre aquellos gritos, oí sollozos. Era un viejo zapatero remendón, que lloraba en el fondo de su chiribitil. El pobre hombre tenía dos hijos en el ejército de Italia.

Desde entonces, aquellos sollozos han resonado con frecuencia en mis oídos. A cada rumor de guerra, me parece que el viejo zapatero, que el pueblo de cabellos blancos, se oculta para llorar en medio del frenético entusiasmo de la muchedumbre.

Me acuerdo aún de la otra guerra, de la campaña de Crimea. Tenía á la sazón catorce años; vivía en provincias; la guerra no me importaba un ardite, reduciéndose para mí al continuo paso de tropas, cuyo desfile se había convertido en una de nuestras diversiones favoritas.

Por la pequeña ciudad del Mediodía en que habitaba, atravesaron, á lo que creo, casi todos los soldados que fueron á Oriente. Un diario de la localidad anunciaba de antemano los regimientos que debían pasar. La partida se verificaba á las ocho de la mañana. Desde las cuatro estábamos en la carretera. Ningún alumno externo faltaba á la cita.

¡Ah, los gallardos mozos, los coraceros, los lanceros, los dragones, los húsares! Teníamos debilidad

por los coraceros. Cuando el sol aparecía y sus rayos oblicuos se reflejaban en las corazas, retrocedíamos, ciegos, deslumbrados, como si un regimiento de astros á caballo desfilase ante nosotros.

Después sonaban las trompetas, y partían.

Echábamos á correr detrás de los soldados. Los seguíamos á los anchos caminos blanquecinos. La música tocaba, agradeciendo su hospitalidad á la población. La claridad de la atmósfera, la limpidez de la mañana, todo tenía aire de fiesta.

Recuerdo haber andado de esta manera millas y más millas. Ibamos al paso, atados los libros á la espalda con una correa, á modo de cartuchera. No debíamos acompañar nunca á los soldados más allá de la Poudriére; pero llegábamos hasta el puente; después remontábamos la costa; luego continuábamos hasta la próxima aldea.

Y cuando el miedo se apoderaba de nosotros y decidíamos detenernos, nos encaramábamos en algún ribazo, y desde allí seguíamos al regimiento con la vista, por entre los pliegues del terreno, á lo largo de los recodos del camino; le veíamos perderse y borrarse, con sus mil pequeñas llamas, en la luz brillante del horizonte.

Aquellos días nadie se cuidaba del colegio. Hacíamos novillos; nos entreteníamos con los guijarros del camino, y era frecuente el bajar al río y permanecer allí hasta la noche.

En el Mediodía se quiere poco á los soldados. Los he visto llorar de cansancio y de rabia, sentados en las aceras, con su boleta de alojamiento en la mano; los propietarios, los pequeños rentistas, que inventaban mil sutilezas; los ricos negociantes, que obraban con menos miramientos, todos se habían negado á recibirlos. Era menester que la autoridad interviniese.

La nuestra era la casa del buen Dios. Mi abuela, natural de la Beauce, amaba á aquellos hijos del Norte, que le recordaban su país. Conversaba con ellos, les preguntaba el nombre de su aldea, y ¡qué gozo cuando esta aldea estaba cerca de la suya!

Se nos enviaban dos hombres de cada regimiento. No podían quedarse en casa; los mandábamos á la posada, mas no sin que antes mi abuela les hiciera sufrir un interrogatorio en toda regla.

Me acuerdo que un día llegaron dos que eran de su mismo pueblo. Estos no consintió que partiesen. Les hizo comer en la cocina. Ella misma les sirvió el vino. Cuando volví del colegio, fuí á ver á los soldados. Hasta creo que bebí con ellos.

Había uno bajo y otro alto; en el momento de partir, los ojos del alto se llenaron de lágrimas. Había dejado en su país á su pobre vieja y daba gracias con efusión á mi abuela, que le recordaba su querida Beauce, todo lo que dejaba detrás de sí.

—¡Bah! (le dijo mi abuela) Ya volverá usted y traerá su cruz.

Pero él movió dolorosamente la cabeza.

Pues bien (agregó mi abuela): si V. vuelve por aquí, será preciso que venga V. á verme. Le guardaré una botella de este vino que tan bueno le ha parecido.

Los dos pobres muchachos se echaron á reir. Esta invitación les hizo olvidar por el momento su desgraciada suerte, y se vieron, sin duda, de regreso, obsequiados en aquella casa hospitalaria, brindando por los peligros pasados. Prometieron formalmente no faltar.

¡Qué de regimientos no seguí entonces, y cuántos infelices soldados no vinieron á llamar á nuestra puerta! Nunca olvidaré la procesión interminable de aquellos hombres que iban á la muerte. A veces al cerrar los ojos, los vuelvo á ver, recuerdo ciertas fisonomías y exclamo: «¿En qué zanja oculta yacerá aquél?»

El paso de tropas empezó á ser menos frecuente, y un dia se vió pasar á los soldados en sentido inverso, lisiados, exánimes, arrastrándose por los caminos. Ya no íbamos á esperarlos. No eran nuestros hermosos soldados. No merecían que arrostrásemos el enojo del maestro.

El triste desfile duró largo tiempo. El ejército sembraba de moribundos el camino. A veces, mi abuela decia:

—¿Y los dos paisanos, te acuerdas, nos habrán olvidado?

Pero una tarde, á la hora del crepúsculo, un soldado llamó á nuestra puerta; venía solo; era el bajo.

—El camarada ha muerto,—dijo al entrar.

Mi abuela trajo la botella.

—Sí, beberé solo,—añadió.

Y cuando se vió allí, á la mesa, levantando su vaso y buscando el del compañero para brindar, lanzó un gran suspiro, y murmuró:

—Soy el encargado de ir á consolar á su vieja. Preferiría haberme quedado allá abajo en su lugar.

Andando el tiempo tuve á Chauvin por camarada en una oficina. Eramos ambos modestos empleados, y nuestras mesas se tocaban en el fondo de una habitación obscura, agujero excelente para no hacer nada esperando la hora de salida.

Chauvin había obtenido el grado de sargento y volvía de Solferino, con fiebres cogidas en los arrozales del Piamonte. Maldecía sus dolores, pero se consolaba, culpando á los austriacos. Estos bribones le habían puesto de aquella suerte.

¡Qué de horas pasadas en hablar! Tenía á mi antiguo soldado, y estaba resuelto á no soltarle mientras no le arrancara ciertas verdades. No me curaba de las palabras sonoras, gloria, victoria, laureles guerreros, que adquirían en su boca soberbia resonancia. Le atacaba en los detalles insignificantes. Consentía en oir el mismo relato veinte veces para apoderarme de su sentido verdadero. Sin imaginarlo, Chauvin me hizo preciosas confidencias.

En el fondo era ingenuo como un niño. No se alababa; se expresaba simplemente de la manera acostumbrada en la jerga militar; era un «fanfarrón inconsciente», un buen muchacho, convertido por el cuartel en insoportable charlatán.

Era fácil ver que tenía relatos, palabras dispuestas para cada ocasión. Adornaba sus anécdotas con frases hechas, como: «tropas invencibles»; «valientes oficiales salvados en medio de la carnicería por el heroismo de los soldados». Por espacio de dos años estuve oyendo referir durante cuatro horas al día la campaña de Italia. No me quejo, sin embargo. Chauvin completó mi instrucción.

Merced á él, gracias á sus confesiones involuntarias, conozco la guerra, la verdadera guerra, no aquella cuyos episodios heroicos refieren los historiadores, sino la que infunde miedo á la luz del y sol resbala en la sangre como una prostituta borracha.

Preguntaba á Chauvin:

—¿Y los soldados, iban alegremente al fuego?

—¡Los soldados! Se les obligaba á ir. Me acuerdo de unos reclutas que no habían visto nunca el fuego, y que se encabritaban como caballos asustadizos. Tenían miedo; por dos veces emprendieron la fuga; pero se les hizo avanzar, y una batería mató la mitad. Era preciso verlos entonces, ciegos, cubiertos de sangre, arrojándose como lobos sobre los austriacos. Estaban desconocidos; lloraban de rabia: querían morir.

—Es un aprendizaje necesario, — decía yo para alentarle.

—Y duro, á fe mía (continuaba). Créalo V.; los más valientes sienten sudores frios. Es necesario estar chispo para batirse. Entonces, ya no se ve nada; se adelanta uno, descargando golpes como un loco.

Y abandonándose á sus recuerdos.

—Cierto día (agregaba), se nos había colocado á cien metros de una aldea ocupada por los austriacos, con orden de no movernos ni disparar. Pero he aquí que el enemigo nos acribilla con una granizada de balas. No había medio de escapar á ellas. A cada descarga bajábamos la cabeza. Vi á algunos que se tiraban al suelo. Aquello era vergonzoso. Así estuvimos durante un cuarto de hora. A dos de mis camaradas se les puso blanco el cabello.

Luego seguía:

—No, V. no tiene la menor idea de lo que esto es. Los libros disimulan la verdad.... Vea V.: la noche de Solferino no sabíamos siquiera si habíamos quedado vencedores. Corrían rumores de que los austriacos iban á venir á concluir con nosotros. Le juro á V. que estábamos con el alma en un hilo. Así, al día siguiente, cuando se nos hizo levantar antes del alba, temblábamos; temíamos que la batalla se reanudase con más vigor. Seguramente habríamos sido vencidos; porque no nos quedaban dos átomos de fuerza. Cuando se dijo: «La paz está firmada», todos nos pusimos á dar cabriolas. Hubo una explosión de alegría salvaje. Los soldados se cogían de las manos y bailaban como las niñas. No miento: estaba allí; nuestro gozo era indescriptible.

Chauvin, que me veía sonreir, se imaginaba que yo no podía creer que el ejército francés tuviera tanto amor á la paz. Su sencillez era adorable. A veces le hacía ir muy lejos. En una ocasión le pregunté:

—Y V., ¿no tenía miedo?

—¡Oh! Yo (respondía, riéndose modestamente), era como los demás.... Ignoraba lo que hacía. ¿Cree usted que sabe uno si es valiente? Se tiembla y se dan golpes; esta es la verdad.... Un día me derribó una bala ya fría. No me moví, pensando que, si me levantaba, acaso lo pasaría peor.

XIII.

.... Ha muerto como un caballero: como vivió.

¿Vds. se acuerdan, amigos míos, de aquella hermosa primavera, cuando íbamos á estrecharle la mano a su casita de Clamart? Santiago nos acogía con su bondadosa sonrisa. Y comíamos bajo el emparrado, mientras allá abajo en el horizonte, se elevaba de París un sordo murmullo, á la caída del crepúsculo

¿Vds. no han conocido bien su vida? Yo, que me he mecido en la misma cuna que él, puedo decir á Vds. quién era. Vivía en Clamart, desde hacía dos años, con aquella joven, alta y rubia, que se moría tan dulcemente. Es toda una historia, conmovedora y delicada.

Santiago había encontrado á Magdalena en la fiesta de Saint-Cloud. La amó, porque estaba triste y sufría. Quería, antes de que la pobre niña bajase al sepulcro, hacerle gozar las dulzuras del amor. Y fué á ocultarse con ella á aquel pliegue del terreno de Clamart, donde las rosas crecen como las enredaderas.

Vds. conocen la casa. Era muy modesta, blanca; estaba oculta entre el follaje, como un nido. Al pisar

el umbral, se respiraba ya un cariño discreto. Poco á poco se había ido apoderando de Santiago un amor infinito por la moribunda. Veía cómo el mal la hac a palidecer cada vez más. Magdalena, semejante á esas lámparas de los templos que despiden un vivo fulgor antes de extinguirse, sonreía, iluminaba con sus ojos azules la casita blanca.

Durante dos años, la pobre niña apenas salió. Llenaba el jardín con su ser encantador, con sus trajes claros, con sus pasos ligeros. Ella plantó los alelíes de color jaspeado con que formaba los ramos que nos regalaba. Y los geranios, los heliotropos, los claveles, todas estas flores, sólo vivían por ella y para ella. Era el alma de aquel pedazo de tierra.

Después, en el otoño, Vds. recordarán que Santiago vino á decirnos con su voz lenta: «Ha muerto» Había muerto bajo el emparrado, como una niña que se duerme á la hora pálida en que el sol se pone. Había muerto en medio del follaje, en el nido oculto donde el amor la había mecido por espacio de dos años.

Yo no había vuelto á ver á Santiago. Sabía que continuaba en Clamart, viviendo bajo el emparrado, con el recuerdo de Magdalena Desde que empezó el sitio, estaba tan abatido por la fatiga, que no pensaba ya en él, cuando el 13 por la mañana, al oir que se

batianpor el lado de Meudon y de Sévres, se despertó bruscamente en mi memoria el recuerdo de la casita blanca, oculta bajo las verdes hojas. Y me acordé de Magdalena, y de Santiago, y de todos nosotros, y me imaginé que estábamos en el jardín, tomando el té, en medio de la calma religiosa de la tarde, mientras París murmuraba sordamente en el horizonte.

Entonces salí por la puerta de Vanves. Los caminos estaban obstruídos con los heridos. Llegué á los Molinos, y allí supe la ventaja obtenida; pero cuando di la vuelta al bosque y me hallé sobre la colina, una emoción terrible me oprimió el corazón.

Enfrente de mí, en medio de los campos pisoteados, asolados, sólo vi, en lugar de la casita blanca, un agujero por donde la metralla y el incendio habían pasado. Bajé la colina con las lágrimas en los ojos.

¡Ah, amigos míos, qué espectáculo tan espantoso! El seto de espinos había sido destruido por las bombas. Los alelíes, los blancos heliotropos, yacían triturados, machacados; apenaba tanto el verlos, que me inspiraron compasión; me pareció que tenía ante los ojos los miembros ensangrentados de algún infeliz amigo.

La casa estaba hundida por un lado. Por la brecha

abierta dejaba ver la habitación de Magdalena; aquella habitación púdica con colgaduras de seda de color de rosa, cuyas cortinas, siempre corridas, se divisaban desde el camino. La habitación, brutalmente allanada por el cañón prusiano, el nido del amor, hoy visible desde todo el valle, me han destrozado el alma, y me he dicho que estaba en medio del cementerio de nuestra juventud. El suelo cubierto de restos, la tierra levantada por los obuses, se parecían á esos terrenos que acaba de remover el azadón de los sepultureros y bajo los cuales se adivinan ataúdes recién depositados.

Santiago había debido abandonar la casa acribillada por la metralla. Avancé más; me acerqué al emparrado, que, por milagro, estaba intacto. Allí, en la tierra, entre un mar de sangre, dormía Santiago, con el pecho agujereado por más de veinte heridas. No quiso dejar el sitio donde había amado, había muerto donde murió Magdalena.

Recogí á sus pies su cartuchera vacía, su chassepot roto, y vi que las manos del pobre muerto estaban ennegrecidas por la pólvora. Santiago, sólo con su arma, había defendido durante cinco horas el blanco fantasma de Magdalena.

XIV.

¡Pobre Neuilly! Recordaré por largo tiempo el triste paseo que di ayer, 25 de Abril de 1871. A las nueve, tan pronto como se anunció el armisticio entre París y Versalles, dirigióse una multitud considerable á la puerta Maillot. Esta puerta no existe ya; las baterías del fortín de Courbevoie y del Mont-Valérien la han reducido á un montón de escombros. Cuando franqueé esta ruina, los guardias nacionales se ocupaban en reparar el destrozo; trabajo perdido, porque algunos cañonazos bastarán para hacer volar los sacos de tierra y los adoquines allí colocados.

A partir de la puerta Maillot, se camina sobre ruinas. Todas las casas de las inmediaciones se han desplomado. Por las abiertas ventanas se ven muebles lujosos; una cortina hecha jirones pende de un balcón; un canario salta todavía en su jaula, colgada en la cornisa de un tejadillo. Cuanto más se avanza, mayor es el desastre que se contempla. El paseo está sembrado de escombros; se ve por todas partes la obra de los obuses; se creería estar en el *viacrucis* doloroso, en el calvario maldito de la guerra civil.

Pensando escapar al horror de aquella carretera, á lo largo de la cual se tropieza á cada paso con mares de sangre, tomé por los caminos de travesía. ¡Ay! En ellos el espectáculo es aún más terrible. Allí se han batido á brazo partido, con arma blanca. Las casas

han sido ocupadas y vueltas á ocupar diez veces; los soldados de uno y otro bando han derribado los tabiques para avanzar por dentro; las paredes perdonadas por los obuses han sido echadas abajo con las piochas. Los jardines, sobre todo, han padecido extraordinariamente. ¡Pobres jardines, en plena primavera! En las cercas que los protegen hay aberturas enormes; los paseos están pisoteados, asolados. Y sobre esta primavera manchada de sangre, florece solamente un mar de lilas. Ningún mes de Abril ha visto semejante flora. Los curiosos penetran en los jardines por las brechas, y vuelven cargados de haces de lilas, de ramos tan pesados, que los manojos se les van cayendo, y al poco rato las calles de Neuilly están alfombradas de flores, como para el paso de alguna procesión.

Las grietas de las casas, los agujeros de los muros, inspiran compasión á la muchedumbre; pero hay todavía algo más triste. Es la fuga de la desgraciada aldea. Huyen tres ó cuatro mil personas, que se dirigen á Paris con una cestita llena de ropa blanca y un enorme reloj de zinc entre los brazos. Todos los coches del tránsito han sido ocupados. Hasta he visto llevar armarios con lunas de cristal sobre angarillas, cual si se tratara de heridos que el menor choque podría matar.

Los habitantes han padecido atrozmente. He conversado con uno de los fugitivos, que ha estado

quince dias encerrado en una cueva con otras treinta personas. Los desventurados se morían de hambre. Uno de ellos tuvo la abnegación de querer ir por pan, y fué herido al salir de la cueva. Su cadáver permaneció durante seis días en los primeros escalones ¿No es esto una verdadera pesadilla? La guerra que deja así que los cadáveres se pudran en medio de los vivos, ¿no es una guerra impía? Tarde ó temprano, la patria castigará estos crímenes.

Hasta las cinco, la multitud se ha paseado por el teatro de la lucha. He visto á niñas que venían pasito á paso de los Campos Elíseos, jugando al corro entre los escombros. Y sus madres, sonrientes, conversaban entre sí, deteniéndose á veces con ademanes de horror encantador. Extraño pueblo éste de París, que se olvida de sí mismo entre los cañones cargados, y lleva su simpleza hasta querer ver si las granadas entran bien en las bocas de bronce. En la puerta Maillot, los guardias nacionales han tenido que incomodarse con unas señoras que querían, á todo trance, tocar una ametralladora, para poder explicarse su mecanismo.

Cuando dejé á Neuilly, á eso de las siete, aún no había sonado ningún cañonazo. La muchedumbre regresaba lentamente á París. En los Campos Elí-

seos se hubiera creido que la gente volvia, un poco tarde, de las carreras de Longchamps. Y mucho tiempo después, hasta bien entrada la noche, hubo en las calles de París, paseantes, familias enteras, encorvadas bajo fardos de lilas. De la aldea siniestra donde los hermanos se degüellan; de la carretera maldita, de las casas desplomadas sobre lagos de sangre, sólo hay á estas horas ramos olorosos y floridos en nuestras chimeneas.

Acabamos de tener tres dias de sol. Los boulevares están llenos de paseantes. Lo que me causa más asombro es el aspecto animado de las plazas y jardines públicos. En las Tullerías, las mujeres bordan á la sombra de los castaños, y los niños juegan, mientras allá abajo, del lado del Arco de Triunfo, estallan las bombas. El ruido insoportable de la artillería apenas hace volver la cabeza á los niños. Hay madres que llevan uno pequeño en cada mano, y van á examinar de cerca las formidables barricadas construidas en la plaza de la Concordia.

Pero el rasgo característico es la alegre cita que los parisienses se han dado por espacio de ocho dias en las alturas de Montmartre. Hay hacia el Oeste un terreno baldío; allí ha acudido todo París, como á una partida de campo. Era aquel un magnífico

anfiteatro para asistir desde lejos á la batalla que se libraba desde Neuilly hasta Asniéres. Se llevaban sillas de tijera. Algunos industriales habían colocado bancos; por dos sueldos, se estaba allí como en el patio de un teatro. Las mujeres, sobre todo, iban en gran número. De vez en cuando se oían estrepitosas carcajadas. A cada bomba, cuya explosión se percibía allá lejos, se encontraba algún chiste gracioso, que recorría los grupos como alegre chispa. Hasta he visto personas que acudían provistas de su desayuno, un trozo de chacina y pan. Para no perder su sitio, comían de pie, enviando por el vino á alguna taberna de la vecindad. Las muchedumbres sienten la necesidad de los espectáculos. Cuando los teatros se cierran y y se abre la guerra civil, van á mirar cómo se matan unos á otros, con la misma curiosidad chocarrera que esperan el quinto acto de un melodrama.

—Están tan lejos (decía una encantadora joven, rubia y pálida), que no asusta el verles dar el salto mortal. Cuando la metralla hace de un hombre dos, parece que se dobla como una madeja de seda.